

IDALIA MOREJÓN ARNAIZ

**Poquita Cosa se va de compras
con John Wayne y otras historias**



Edición: Javier L. Mora
© Logotipo de la editorial: Umberto Peña
© Ilustración de cubierta: Dibujo a tinta china con plumín,
de Marga Steinwasser (2021)

© Idalia Morejón Arnaiz, 2025
Sobre la presente edición: © Casa Vacía, 2025

www.editorialcasavacia.com

casavacia16@gmail.com

Richmond, Virginia

Impreso en USA

ISBN: 9798269548920

© Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones
que establece la ley, queda rigurosamente prohibida,
sin la autorización escrita del autor o de la editorial,
la reproducción total o parcial de esta obra por ningún medio,
ya sea electrónico o mecánico, incluyendo fotocopias
o distribución en Internet.

Las vidrieras de las tiendas realmente exhibían ropa, porque nadie podía comprarla, ya que eran ejemplares únicos —en el mejor de los casos—. Otras, las vitrinas servían para encerrar alegorías martianas o leninistas, más por recurso decorativo que por fervor político. Las más estaban totalmente vacías, y pasear por San Rafael o Neptuno, por Obispo o por O'Reilly (versiones cubanas de Florida), era un acto tan irreal como recorrer con John Wayne la calle real de un pueblo fantasma.

GUILLERMO CABRERA INFANTE: *Mapa dibujado por un espía.*

POQUITA COSA SE VA DE COMPRAS
CON JOHN WAYNE

Heridas de porcelana

SOBRE LA CÓMODA, un par de guerreros de porcelana, de espaldas al espejo, se duplican en formación. Torsos desnudos, turbantes, sables, pantalones como de gauchos en magistral caída.

Una vez (más) quebrados, Norka restaura los adornos con esmalte rojo para las uñas. Al empatar los pedazos transforma a la soldadesca en veterana de sus muchas batallas contra el tiempo y la escasez, contra el azar de incontables episodios domésticos. Cuerpos negros y fornidos con largas cicatrices rojas atraviesan turbantes, brazos, mejillas, piernas y sables.

Comprende Poquita Cosa: resistir a la devastación: aceptar las heridas.

Lección de estética

SON LOS AÑOS de los saquitos y sus tendencias, bien al gusto de la nueva clase (política): ovejitas bordadas a máquina.

Poquita Cosa ruega a sus padres que le compren un saquito.

“Son caros”, dice el padre.

“Son feos”, insiste la madre.

Lección de economía

ARGUMENTA EL PADRE mientras examina lentamente un par de sandalias: “La calidad no corresponde al precio”.

Poquita Cosa sabe que no nació para vendedora.
El padre sabe que lleva razón.

Hashtag yo también soy Mary Jane

POQUITA COSA VA DE COMPRAS a la Tienda del Pueblo. Ha visto en la vidriera unos zapatos de charol negro, número 19. Poquita Cosa calza el 20. Sueña con unos zapatos de domingo, sueña encontrar su cara en el barniz que enseguida desaparece en el polvo de sus propias pisadas, entre la hierba alta.

Salta del trillo a la carretera, anda rápido para evitar las ampollas, el entumecimiento del dedo gordo. Aprieta los dientes, da saltitos en busca de alivio, consciente de la disputa entre el cuerpo, el deseo, y el clásico zapatito de las niñas de todos los tiempos.

Súmula del pantalón

Talla 1

Viste Poquita Cosa un pantalón de *corduroy* amarillo. Un metro de tejido estrecho que en pleno furor de las campanas la deja en pose de un anticuado modelo pescador, imposible ya de usar en el próximo invierno.

Talla 2

Recibe Poquita Cosa su primer uniforme para el trabajo agrícola: blanco, líneas rojas y azules formando retículas. Dos bolsillos cuadrados prendidos con doble costura en la parte delantera, zíper en el medio, no al costado o atrás, como antiguamente. Le parece digno de las matinés dominicales en el cine de la vieja localidad. Sin embargo, es tan corto como el pantalón de *corduroy* amarillo; ya está avergonzada de estrenar ropa de trabajo en día tan especial. Mientras menos siente el roce del tejido en los tobillos, más se esconde detrás de una columna: a su alrededor salta el rebaño de ovejitas de la nueva clase política.

Poquita Cosa se concentra en los trajes medievales que observa en la pantalla, y olvida.

Talla 3

Poquita Cosa recibe su segundo pantalón de trabajo. Caqui, tamaño perfecto. En la capital, donde ahora reside, resulta inadecuado para salir a tomar helado con las niñas originarias de la ciudad: Lilian Martínez Martínez, Bertha María López, Mayrita la Tetona, y una arrogante de quien Poquita Cosa solamente recuerda los ojos enormes, el cabello claro y rizado, como poseída por Madame Blavatsky. Ese nombre borrado por la envidia pertenece a un cuerpo que usa *jeans* de color añil con los bajos doblados hacia arriba, haciendo alarde de la autenticidad de la mezcilla.

Talla 4

Poquita Cosa recibe su tercer pantalón de trabajo. Mezcilla nacional rojo vino, lo suficientemente ajustado como para observar que el cuerpo va cambiando de forma. Con él arranca predicciones de un estudiante de Medicina —“dentro de un par de años los hombres ya no te dejarán en paz”—, de un fanfarrón que se ofrece para acariciarla a cambio de un ajustador de encaje, de un exhibicionista que le muestra, en tamaño extra, la ruta ancestral hacia la raza cósmica.

Talla 5

El primer *jean* de Poquita Cosa es falso: ruso, de invierno. Le queda perfecto, pero no tiene etiqueta. Creativa, ve la posibilidad de personalizar la prenda, y en un recorte de cuero estampa con crayola la palabra mágica del momento: Lee.

Lee es clandestino, entra a los barrios con la ayuda de los marineros, se vende al mejor postor por el salario de un mes. Lee es azul, resistente, envejece con jovialidad. Lee es un buen partido.

En la actualidad, Lee ni siquiera está de moda.

La amortajada

DESDE EL BALCÓN, Poquita Cosa ve a la hermana **menor salir del edificio, mirar hacia arriba** y decir adiós con la mano. Inexpresiva, escu- rridiza; lleva su pelo negro de india suelto sobre los hombros.

Desde el balcón, Poquita Cosa repara en lo bien que luce su hermana. Tanto, que parece recuperada de un dramático malestar que dura trece años nerviosos. Poquita Cosa la observa doblar la esquina, se admira de su suerte al conseguir un metro de látex que por ser dobleancho alcanzó para el largo adecuado del pantalón, y agradece a la providencia que sea de color rosa- do, pues combina con la estampa floreada de la blusa. Por último, recita mentalmente el mantra “cualidades de la modista”.

Tarde en la noche, Poquita Cosa aún espera que la hermana regrese.

Los camareros del hotel New York la encuentran dormida para siempre en la habitación 502, impecable- mente vestida.

ÍNDICE

POQUITA COSA SE VA DE COMPRAS CON JOHN WAYNE

- Heridas de porcelana / 11
- Lección de estética / 12
- Lección de economía / 13
- Hashtag yo también soy Mary Jane / 14
- Súmula del pantalón / 15
- La amortajada / 18
- Ropa de luto, ropa de amor / 19
- Exotismo nacional / 20
- ¡Quince, quince, Poquita Cosa cumple quince! / 21
- Declaración de independencia / 23
- Vestido oracular sobre motocicleta / 24
- Tentaciones de Monique / 25
- Ropa de cama / 26
- Poética de la pacotilla / 27

REPATRIADA SIN PARAR HASTA LAS SEIS DE LA MAÑANA / 29

UNA LLAMA TRASTORNADA

- Dormida, despierta / 41
- Nubes, estrellas, vacío / 46
- Daguerre 1 / 48
- Los poemas del Inesperado / 49
- Los poemas de Poquita Cosa / 53
- Los poemas de G / 59

UNA FIEBRE FANTÁSTICA

[Me gustaría] / 67

[Quiero] / 68

[Me encantaría] / 70

[Imagino] / 71

[Dime que] / 72

[Siento] / 73

[Multimedia omitido] / 75